

La familia en el Japón contemporáneo

por Alberto Gómez Farias

La responsabilidad de un investigador, aun de un simple analista circunstancial, está dada en su compromiso de ser plenamente objetivo en sus apreciaciones, de modo tal que las impresiones que transmite sean el producto de su más depurada y seria evaluación, sin permitir que circunstancias de simpatía o afectividad puedan tergiversar su contenido o influenciar su autenticidad.

La pregunta común que se formula a todo orientalista en cualquier ambiente de Occidente en que desarrolle su actividad, es sin lugar a duda “¿cuál es el concepto y modo de vida del pueblo japonés?”.

Este interrogante, podemos afirmar, ha sido formulado de una manera u otra, ininterrumpidamente, durante los últimos cuatrocientos años. Ninguna de las respuestas ha sido enteramente satisfactoria y probablemente, ninguna lo será jamás. El tema es inmensamente rico, complejo e inagotable para todo estudioso que trate de desarrollar su esencia.

Japón tiene un profundo impulso de vida, una extraña, supernatural y extraordinaria vitalidad. Ha llevado adelante la vida del instinto, ajustándose a los ambientes económicos, políticos y sociales que hubieran podido quizá guiar al desastre a una constitución de carácter racial menos robusta. Ha recibido su parte de la magnificencia de la naturaleza, se ha enlazado a sus flores, sus pájaros, sus montañas y sus valles para inspiración y ayuda moral, lo que ha mantenido su corazón intacto y puro, previniendo que la raza caiga en la degeneración cívico-social. Pero también ha vivido atravesando tiempos difíciles, calamidades naturales y equivocaciones humanas. Con humor severo y en cierta forma, con nervios templados, los ha sabido superar y aun corregir con entereza no carente de maestría.

La esencia del modo de vida japonés se encuentra en el grupo familiar y en los hechos diarios, que van modelando una existencia satisfactoria, a menudo en condiciones de extrema dificultad. Está

envuelto en este concepto naturalmente la supervivencia, pero muchos pueblos tienen el don de perpetuarse, aún en el momento en que se ha desvanecido la grandeza de su civilización. Así ha sucedido con griegos y egipcios. Japón combina la supervivencia con una promesa de continuidad en las contribuciones que afirman y distinguen a una civilización de una cultura.

En el primer momento, puede parecer que el Japón de los siglos pasados se ha sometido totalmente al Occidente. En Tokio o en las ciudades del Asia Sudeste, los japoneses prósperos usan trajes oscuros para sus negocios y se desplazan en confortables automóviles. Son seres que se adaptan fácilmente a Nueva York, a Roma, a Buenos Aires o a París. También se aficionan al cine occidental o a la literatura popular. No desconocen el twist, la tarantela o el tango. Pero cuando la proyección del film finaliza, las más poderosas influencias japonesas están todavía allí y dominan íntimamente su concepción de vida, tal como nunca lo dejaron de hacer.

La familia no es desde luego institución exclusiva del Japón. Existe en la tierra desde que el hombre irrumpió en su paisaje. Sin embargo, en cualquier consideración sobre la vida del país, la familia es generalmente su punto insustituible de partida. Ha estado siempre centrada en ella y así aún permanece. Las amistades pueden ser desarrolladas tal como incluso las normas de Confucio lo han indicado y entonces son tan fuertes como los lazos familiares. En una palabra, forman parte del sistema familiar.

A causa del papel predominante de la familia, se ha afirmado alguna vez que los japoneses no tienen conciencia social. Esto no es exacto en la actualidad, si es que alguna vez lo fue. Japón ha tenido siempre variados tipos de organizaciones con propósitos variados. Sin embargo, esas asociaciones y empresas están al margen del tema central del vivir que se realiza en un grupo familiar, donde el lugar de cada uno está reglamentado y donde la seguridad está cerca de todos. Observadores extranjeros piensan a menudo en la familia japonesa como sistema patriarcal. Lo es menos ciertamente en el buen sentido, que las antiguas familias alemanas e incluso la familia china, que ha gravitado grandemente en el ejemplo japonés. Denominar a la familia japonesa en la actualidad, democrática, no sería cometer una exageración. No solamente los mayores, sino la gente joven tiene su propia palabra. En una sesión cualquiera la decisión generalmente es el resultado del consenso más que del precepto.

El papel de la mujer es más poderoso de lo que ordinariamente se supone. Aun en la época de los Samurai la esposa japonesa era reina en su hogar. En su familia moderna, la mujer es una compañera más

activa que en otros sistemas familiares asiáticos. A menudo dicta la última palabra hasta en asuntos financieros. Las decisiones en la educación recaen primordialmente en sus manos. El esposo japonés no es autocrático; en la mayoría de las ocasiones gusta sentir a su alrededor la protección cariñosa de su esposa.

En tiempos antiguos, el casamiento estaba previamente arreglado por los familiares. El amor romántico forma parte de la civilización japonesa, como de la europea, pero su lugar no está a veces en la órbita matrimonial. El propósito del esposo y de la esposa era tener hijos e hijas, preferiblemente los primeros, perpetuando así la familia. Si sucedía que gustaban uno del otro era para bien de los dos, pero no era considerado como un factor de decisión.

¿Ha desaparecido del estilo de vida japonés el casamiento arreglado? Podemos responder que no totalmente. Estudios sociológicos indican que muchos casamientos continúan siendo concertados, pero sobre una base que difiere ligeramente del pasado. La futura pareja usualmente tiene una oportunidad de indicar la aceptación mutua; pueden tener incluso algunos encuentros antes del casamiento. Pero si se han conocido solos y no a través de la familia, la aprobación paternal es casi siempre un requisito ineludible para el acostumbrado cambio de promesas.

La oposición paternal a los casamientos románticos continúa de algún modo en vigencia, y se constituye en causa de noviazgos frustrados. La violencia, como sucede en todo el mundo, tampoco es desconocida en casos de amor no correspondido. El cambio está en la nueva oportunidad de encontrarse con aquellos del sexo opuesto e incluso de desarrollar amistad. Se ve ahora a las parejas tomadas de la mano por las calles, pero nunca protagonistas de espectáculos de subido tono que afrentan los sentimientos recíprocos. En los antiguos tiempos no sucedían estas manifestaciones de pureza espiritual de ir tomados de la mano, como sólo se presentan en las tramas de la literatura rosa.

En la antigüedad, la piedad filial ha sido el pilar fundamental de la familia. Así permanece pero un poco más a regañadientes que antes. Las circunstancias económicas dictan a veces la necesidad de ocupar el hogar con dos o más generaciones. Antes esto era normal y parte del sistema familiar. Las parejas modernas no están de acuerdo con ello. Al final, las generaciones se parecen bastante; los jóvenes siempre adjetiván a los mayores de reaccionarios, y los grandes piensan que los jóvenes son demasiados radicales. La mezcla de ambas ha tenido en algunas ocasiones lamentables resultados en la armonía familiar, pero en definitiva la cordura y el respeto recíproco han ci-

mentado un concepto moderno de la relación. Después de todo hay que recordar que, a su modo, todos fuimos incendiarios a los veinte años y bomberos a los cuarenta. El pueblo que no tenga una juventud renovadora no puede contar con un futuro brillante.

De todas maneras, el joven japonés raramente enfrenta a sus mayores en la forma típicamente occidental. Privadamente emite una buena cantidad de rezongos sobre "el irrazonable y arcaico viejo" y/o "la anciana cascarrabias". Públicamente o aun dentro del círculo familiar, las reglas del juego no se violan.

Como es norma en el mundo que nos ha tocado en suerte vivir, los niños pequeños frecuentemente son mal criados con los mimos que se les prodigan. Sin embargo, cuando se inicia el período escolar, la mano disciplinaria se presenta convirtiéndose en dura y exigente. Se impone a los jóvenes que aprueben los exámenes para proyectarse después de la escuela primaria. Este es un fenómeno siempre dominante de la vida familiar actual. Para obtener la graduación los alumnos se sumergen en los libros, a fin de encontrarse en condiciones de afrontar la severidad de la competencia. El no aprobar es una desgracia en la familia. No todos, indudablemente, coronan con éxito los estudios finales. Pero de todos modos sus esfuerzos les permiten una sólida base para dirigir su aprendizaje en otra dirección.

La ruptura con la costumbre se refiere más al culto de los antepasados que a cualquier falta de respeto hacia el padre o la madre. Pero los antepasados también continúan siendo respetados. Los votos son hechos generalmente en familias conservadoras, pero la mayor parte de ese ritual se reserva para ocasiones especiales. El japonés moderno, a pesar de lo dicho, piensa más en sus antepasados que el occidental en sus esporádicas visitas al cementerio en que fueron sepultados.

Sin perjuicio de lo expresado, en Japón se mantienen celosamente dos feriados nacionales: el 15 de setiembre, en recuerdo de los ancianos, y el 23 de setiembre, en veneración de los antepasados. Esto da una idea de la plenitud con que se mantiene la identificación oficial con la norma y precepto heredados de sus ancestros.

En el numen del sentimiento tradicional se halla también la exigencia del respeto hacia los demás en la jerarquía familiar, la comunidad o el Estado. Esto en realidad se ha mantenido en menor medida que el respeto filial. Especialmente entre hermanos o hermanas de pocos años, las directivas de quienes tienen experiencia no son muy escuchadas. Es probable que siempre fuera así. Sin embargo el respeto por quienes están constituidos en autoridad se mantiene por convicción. Al mismo tiempo, sus votos de buena educación no son

obsecuentes. Pocos japoneses pierden la contención de su lenguaje cuando hablan con sus superiores.

A causa de la manifiesta importancia de la estructura familiar, muchos de los negocios referentes al diario vivir se concretan sin salir de su círculo. Las distracciones en los días libres tienen un marcado carácter familiar.

En otro orden de apreciaciones he participado, al menos en lo que el tiempo disponible permitió, de estudios profundos que se realizan sobre los efectos de la TV en cuanto a la familia, arribando a conclusiones que dan fe de la seriedad y hondura con que se enfoca este tipo de problemas que afectan la formación de la prole.

La trascendencia del hogar supera generalmente la órbita estricta familiar, para convertirse en fuente constante de inspiración y ponderación de los valores superiores de la humanidad. Circunstancias habitualmente diluidas en la celeridad con que transcurren las experiencias hogareñas, al retenerlas en nuestra mente, nos permiten reflexionar sobre la evolución del propio hombre en relación con la integridad de sus actitudes. Esto sucede en Japón, aquí y en la más primaria organización social del lugar más escondido de la tierra.

Un ejemplo quizá tenga mayor expresión.

Muchas veces cuando un niño realiza una travesura tratando de sortear su culpa, su madre lo llama pidiéndole que le responda nuevamente, pero mirándole a los ojos. El niño no puede esconder la verdad y la refleja sin palabras en la transparente significación de su rostro.

Esta valiosa manifestación de la pureza del contenido del semblante natural de una criatura permite introducirse en el análisis de la simplicidad de la comunicación humana.

Cuando el hombre descubrió que la transmisión de sus sensaciones, en el mensaje producido por la espontaneidad de su semblante, contenía un caudal arrollador de sinceridad, necesitó crear un sistema que le permitiera hacer entender lo que deseaba que se entendiera, sin que ello necesariamente incluyese lo que pensaba o sentía. En la evolución de sus características sociales, la verdad absoluta le traía demasiados problemas, al menos más de los que le permitían las prioridades que decidió atender en el proceso de escalamiento personal. Por tal motivo, encontró en la palabra y la escritura el medio más adecuado a los propósitos de su conveniencia. Entonces comenzó la práctica de lo que con el tiempo identificaría como la diplomacia. Su habilidad fue creciendo de tal modo que, a pesar de los cimbrones espirituales que cada tanto recibe, se ha convertido en la ciencia que conduce la relación entre pueblos.

El idioma, por sí mismo, no afecta los principios y normas de conducta a que debe someterse la humanidad.

Más bien es el puente dorado que nos permite llegar hasta su seno y regar permanentemente el jardín de amor, amistad, comprensión y solidaridad que siempre existe, aun en un rincón muy apartado de todo corazón. Pero si hacemos un balance honesto y leal, llegamos a la conclusión de que más ha sido usado para saciar la ambición material y el apetito incontenible de poder, que para elevar los valores que nos permitan reencontrar nuestros sentimientos, ayudar a un enfermo, instruir a un analfabeto, compartir nuestro alimento con quienes sufren hambre y padecen desnutrición, erradicar la pobreza, vencer el temor, luchar por la justicia y la libertad en camino afirmado hacia la paz.

Mientras la literatura quede en literatura, en cuanto a su subordinación a los intereses mundanos, en desmedro de la nobleza y la virtud; en cuanto no dé relieve a las cualidades por sobre las cantidades; en cuanto no dimensione la fuerza de voluntad destinada al equilibrio racional entre lo que es primero y lo que es meramente circunstancial, sólo se limita a elaborar un esquema que en su disciplina se mantendrá en el relativismo de la transitoriedad.

Cuando el idioma sirva de comunicación auténtica entre los hombres, esto es, cuando se desprenda del sentido figurado y se aparte de los laberintos capciosos, entonces comenzará a construir la verdadera identidad humana que ha de llegar a manifestarse como el rostro de un niño, radiante de la verdad que nunca puede ocultar.

Quizá la reflexión tenga una consistencia algo exagerada; quizá no. Pero lo cierto es que si no retornamos a la limpieza de nuestras primeras inspiraciones, cada día será más difícil encontrar el sendero que nos lleve al sitio natural de nuestra responsabilidad. Comencemos por reclamar menos y a realizar nuestro silencioso aporte en servicio de la comunidad.

Bien. Los estudiosos del modo japonés de vida piensan que, a causa de que algunos tienen tan poco, los japoneses han aprendido a extraer el máximo de sus posesiones y de sus regocijos. Un claro ejemplo puede ser, aunque resulte prosaico, la comida. Para ellos el buen comer es algo bastante más que una cuestión de sabor. También comporta el aroma y las posibles combinaciones de color. Una respuesta emocional constituye asimismo el referirse al gusto sensorial de la comida una vez llevada al paladar, en su suavidad, su condición crocante y muy particularmente su presentación artística.

En pintura, continúa siendo sólida la escuela tradicional, a pesar del marcado avance del estilo europeo en reputados pinceles japone-

ses. Algunos sin embargo han deseado combinar ambas modalidades y partir en una nueva dirección. Los pintores aficionados pululan a lo largo de Japón. La juventud se apiña en las plazas y en los parques esforzándose por llegar a la habilidad precisa que le permita el logro realista e imaginativo, en las breves líneas de un árbol, en la caprichosa conformación de una mata. El arte está presente en toda actividad e incluso en distintas actitudes de la formación generacional.

El teatro, en cambio, permanece en el favor popular de las personas de mayor edad, pero no impresiona grandemente a la nueva camada de adolescentes que se incorpora potencialmente a la comunidad, ya que no responde al mismo espíritu de las anteriores. La mayoría no tiene marcado interés en el "Kabuki" ni en el "Noh", así como mucha juventud china se aburre con su "Opera", al margen de los valores que están prestos a reconocer en su expresión ancestral. Sin perjuicio de ello o atemperando su efecto, se ha experimentado un franco replanteo en su modernización, lo que despierta una sana expectativa que atrae una corriente estudiosa que confía en su expansión. Las formas del teatro clásico que sólo combinan la actuación, el canto, el baile y la trama, están recibiendo el aporte de historias de sentido actualizado, incluida la modificación del canto para adaptarlo más al gusto de todos los oídos, aun al de los ancianos japoneses. Esta tendencia se acentúa en diversas ciudades, siendo aceptada en general.

La literatura también ha cambiado. En realidad lo ha estado haciendo desde hace cincuenta años. Japón está entre las naciones que desarrollaron la novela. Una vez que la historia familiar generalizada había sido contada, parecía que no quedaba ya más nada para relatar. La gente se cansaba de los hechos de los antepasados. De todas maneras, estos hechos eran presentados más atractivamente y con más colorido en el teatro popular.

En general es difícil y dudoso identificar una novela como producto exitoso de una historia contemporánea insertada en el esquema tradicional. Sobre todo en literatura, los gustos y prejuicios de una época no se perciben en su verdadera fisonomía hasta la edad siguiente. Lo que caracteriza a la literatura como tal es el trascender su época siendo a la vez su propio producto. Por eso, una historia basada en el juicio de los contemporáneos es como una casa sin cimientos. Pero de todos modos se escriben continuamente narraciones contemporáneas, prueba clara de que interesa enormemente conocer las características de la época en que vivimos.

Los firmes avances a que nos referimos se han relacionado con cuento y ensayo; el último ha sido el más original, el menos depen-

diente de la imitación sobre modelos occidentales. En su calidad de pueblo pensador, el japonés no sólo gusta de leer ensayos; también gusta describirlos. Su encanto no reside únicamente en la forma de escritura, sino en el contenido, que generalmente está relacionado con los hechos diarios de su existencia.

En cuanto a la poesía, se halla en verdad en un estado experimental y, según parece, en la actualidad ofrece pocos competidores con los grandes trabajos del pasado. Los poetas también se encuentran en estado de transición, entre los maestros de siglos anteriores y las influencias occidentales por las cuales virtualmente no pueden relatar. De todas maneras, esta confluencia de escuelas es positiva, por cuanto permite un dimensionamiento a escala de comprensión universal.

La generación joven tampoco parece demostrar el interés de la antigua por una lectura apasionada. Los educadores se quejan que los estudiantes primarios y secundarios leen poco fuera del material escolar requerido, al menos que sean historietas cómicas que les permitan distracción. En esto tampoco difieren de las prácticas occidentales, por lo que no hay mucho que rescatar de la comparación. Los niños y los adolescentes, como la juventud en general, tienen sus características universales que no marcan diferencias entre culturas distintas.

El cuento, en los últimos años, se ha basado en el realismo o en el romanticismo occidental. Se ha hecho popular, ya que constituye una lectura liviana que se publica tanto en los periódicos como en las revistas. Sin embargo, nunca tienen grandes proporciones en cuanto a su extensión. El escritor mismo se encuentra ante el dilema. Si quiere escribir seriamente, hay poco mercado. Si desea transformarse en autor popular y brindar material sensacionalista, puede vender entonces sin dificultad. Pero la conciencia japonesa es otra y en ello es particularmente digna de nuestra admiración.

El saber continúa siendo, a pesar del siglo de grandes ejércitos con comandantes de alto nivel tecnológico, la más respetada de las profesiones japonesas. Esto puede ser obra de los pensadores y aun del folklore, pero es siempre verdad. Respeto, de todos modos, no implica necesariamente grandes o ricas recompensas. El líder industrial o de negocios tiene su lujosa expresión social, mientras que el estudioso debe conformarse con una vida decorosa que le permite algún tipo de confort. Pero esto sólo es una anécdota para su espíritu, por cuanto lo importante es participar activamente de su vocación, en la que encuentra satisfacciones tan profundas que jamás podrá medir con valores de transacción.

Bien. Determinar la inteligencia nacional es una empresa prácticamente imposible. Resulta poco feliz decir que los japoneses son más listos que los norteamericanos, o que otros tienen menos cerebro que éstos. Muy obviamente, sin embargo, los japoneses no están sin duda en los índices bajos a su respecto. Su inteligencia está considerada entre las mejores, como puede ser atestiguado por los estudiantes que han competido contra ellos en universidades de todo el mundo. Lenta pero seguramente, esta inteligencia desarrolla un pensamiento japonés que puede traer el renacimiento en filosofía tanto como una original contribución a las más modernas disciplinas, tal cual lo expresa en la potencialidad industrial con que ha revolucionado el siglo transcurrido.

Japón ha producido tantos pensadores como cualquier otra nación. No todos fueron buenos. No todos fueron originales. Pero desde el pozo de su conocimiento, surgieron más ideas originales sobre la vida que las que salieron de muchos otros países. Los europeos ahondaban en la metafísica. Mientras los japoneses se dedicaban al arte de pasar a través de esta vida, con un mínimo de pena y al menos con una gran porción de placer.

Esto implica una sugerencia sobre la necesidad de observar el papel que desempeña la religión en el modo de vida japonés. Al primer intento la influencia puede parecer pequeña, comparada con el impacto del cristianismo en Occidente. Hay en ello una diferencia. En Europa y en América el planteo religioso está superado. Se presume que la inmensa mayoría de sus habitantes son cristianos y la autoridad de la Iglesia grande; pero muchas personas participan en asuntos religiosos y muchos de los que participan lo hacen por diversas motivaciones, numerosas veces no muy espirituales.

Los japoneses son mayoritariamente budistas, y el budismo es una fe que ofrece consuelo sin obligaciones irracionales. Algunos críticos modernos cristianos han dicho que se mueven demasiado lejos en la misma dirección; en algunos aspectos puede ser que así les parezca. En términos de ritual, los japoneses son probablemente tan religiosos como cualquier pueblo del mundo. Este sentimiento se cultiva en profundidad en el hogar. Es importante afirmar que, aun como cristianos, los japoneses no hacen ostentación de su religión tal como lamentablemente sucede con mucha frecuencia en Occidente.

Un tema de interés muy a menudo debatido es el referente al grado de influencia del individualismo en el sistema japonés familiar. Se establece generalmente que el individualismo es característico de Occidente. El hombre fuerte lucha por sí mismo. Si el amigo o la familia interfieren en su camino, se espera que haya conflicto. En

culto de lo individual se desarrolló con fuerza en los pioneros norteamericanos, especialmente durante el movimiento hacia el oeste, y es todavía tema favorito de la ficción y del drama en los Estados Unidos.

Se dice en Japón que el individualismo puede existir solamente dentro de la familia. El individuo que intenta existir solo en un mundo que se torna cruel puede ser rápidamente destruido. Todo es relativo y, obviamente, esta afirmación no es del todo valedera. Individuos fuertes han existido en Japón fuera de la familia y han sobrevivido, pero probablemente en menos cantidad que en Occidente. Al mismo tiempo ello no niega la expresión de individualismo dentro de la familia. En realidad la familia tiene mucho que hacer con la protección y la educación del individuo, así como el individuo tiene su responsabilidad en la preservación de la familia. La relación entonces es recíproca, y el japonés lo reconoce con plena honestidad.

Para muchos pueblos del mundo, la finalidad de la vida es vivir bien y encontrar algunas recompensas en esta tierra. Tal vez la próxima vida será mejor, tal vez no. Aun entre aquellos que profesan la inmortalidad hay cinismo, impudencia, desvergüenza. Parte de la esencia de la familia japonesa debe ser encontrada en su capacidad para producir, sobre ambas bases, la colectiva y la individual.

Parte está dado en recibir, parte en dar y lo que queda como balance, es ya responsabilidad de ambos. La familia no siempre es feliz, aunque mantiene su lugar y esto ya es algo más que lo que cualquier desviación del sistema puede ofrecer. A menudo hay felicidad genuina y alegría, bromas y risas, y muchas de las pequeñas pero buenas cosas de la vida. Consecuentemente se ha dicho algunas veces que el excesivo sentido cerrado familiar atenta contra la evolución nacional. A pesar del alto grado de inteligencia del pueblo y de un modo satisfactorio de vida, puede haber posibilidad de un estancamiento; quizá sí quizá no, pero si se presenta, sólo será temporario. Recordemos que la mano muerta del pasado puede llegar aun hasta una sociedad en evolución. Pero éste no es el caso del Japón moderno potente, firmemente orientado hacia el porvenir.

La más prominente característica de la civilización oriental es conocer la satisfacción allá donde la civilización occidental no la conoce. Los orientales se satisfacen con una vida simple, y por lo tanto no buscan acrecentar su goce material. Se sienten satisfechos con lo que tienen, y con el "no comprender y el no conocer", y por ello en algunos países no han prestado atención al descubrimiento de la verdad, y aun al portentoso avance de la tecnología occidental. Están satisfechos con su presente y por ello no desean conquistar la naturaleza,

sino simplemente permanecer en su hogar, con naturalidad y en paz con lo que los rodea. No desean una revolución, sino permanecer como sujetos disciplinados en la comunidad. La civilización en la cual la gente está restringida y controlada por hechos materiales de los cuales no puede escapar, y no puede utilizar el pensamiento humano y el poder intelectual para cambiar esos hechos y mejorar las condiciones, es la civilización de un pueblo perezoso y estancado. Tal civilización puede solamente obstruir, pero no puede satisfacer las demandas espirituales de la humanidad. Pero los japoneses supieron balancear lo positivo de Occidente con la profundidad de su pensamiento respecto de su lugar en el mundo, en donde su sistema tradicional pudiera entroncarse en una amalgama sólida que dé consistencia al anhelado despegue solidario de la humanidad.

Sea cual fuere el destino del modo japonés de vida, es casi cierto que continuará elevándose o en su momento caerá, sobreviviendo o no, pero siempre con el sistema familiar como su centro. No hay escapatoria. El modo japonés de vida puede tener sus debilidades, como se observa en toda comunidad organizada, pero sí es dable afirmar que mientras no pierda de vista su raigambre familiar, la fuerza inextinguible que ella genera le llevará a superar con éxito las vicisitudes que le presente el destino.

Resumiendo, podemos decir que el japonés a través de sus experiencias ha aprendido, antes que muchos pueblos, a vivir dentro de la familia, sin sentirse anulado por ella; y ha aprendido a usar su poder para el progreso, más que por un mero estatus. Ellos conocen que en el mundo nada es estático sino dinámico, y lo que hoy es potencia y solidez llega un día a transformarse en algo de menor consistencia. Puede que como toda civilización en la historia le llegue su otoño de vida nacional; pero cuando esto suceda, si sucede, la familia estará allí, al lado del fuego del hogar, ofreciendo calidez y brindando un sentido de profunda pertenencia.

Pero los vientos recibidos al presente han soplado al ritmo de una nueva primavera, en la que confluyen, convergen, tanto el ímpetu de su desarrollo industrial como el arraigo reverdecido de los valores humanistas que integran su sistema de pensamiento tradicional.

Para concluir, sea cual fuere el futuro de la filosofía japonesa y la interpretación de su modalidad, el pueblo, núcleo compactado de magnificencia incomparable, verá que su proceso histórico continúa. Si la familia mantiene su sitio verdadero, será una existencia razonable hecha para satisfacer a aquellos que la aprecian, permitiendo al hombre gozar plenamente de la más auténtica alegría de vivir.

Bibliografía

1. *Ascenso y decadencia del Estado Comercial*, Basic Books, New York. Rosecrance, Richard, 1986.
2. "Pedagogía internacional, pedagogía extranjera, educación comparada", en *Educación Internacional*, Berlín, Schneider, Friedrich. 1932.
3. "Sistema mundial y redes de interrelación, la internalización de la educación y el papel de la investigación comparada", en *Globalización y descentralización de los sistemas educativos*, publicado en el Seminario Descentralización Educativa, UBA, 1998, Buenos Aires, Schriewer, Jurgen, 1996.
4. *Internalización de la Educación Superior de América Latina y el Caribe*, OUI, Québec. Gacel-Avila, Jocelyne, 1999.
5. *La Educación Transnacional, La Experiencia Extranjera y lecciones para el diseño de una política de regulación en la Argentina*, CONEAU, Buenos Aires. García de Fanelli, Ana. 1999.
6. Congreso Bienal de la Organización Universitaria Interamericana, del 9 al 14 de octubre de 1999. Québec, OUI, 1999.
7. *La geopolítica del proceso globalizador y el poder territorial en las relaciones Norte-Sur: imaginaciones*, Publicado en el Seminario: Descentralización educativa - UBA, Buenos Aires. Slater, David, 1996.
8. *La relación de los tratados internacionales con la Constitución nacional* - Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Buenos Aires. Badeni, Gregorio, 1995.